

“LA ISLA DEL TERESO”

CAPITULO Vº

“No soy pato ni gallina...”

El sol martillaba de lleno en las nuca de aquel grupo de zarrapastrosos vestidos de verde oliva. El aire se tornaba por momentos irrespirable y el insoportable canto de las chicharras auguraba que la pesadez del ambiente daría paso a una tormenta mucho más adecuada a esos locos días de invierno de 1977.

El roce de la bota izquierda en el talón le había reventado por cuarta vez la ampolla con la que convivía desde que habían llegado a Pereyra. Tenía que aguantar sólo un poco más. Pronto **Mosa** ordenaría descanso a discreción y podría liberarse por unos minutos de ese par de cilicios de cuero.

Los cinco minutos “de remojo” en la desembocadura del Canal Baldovinos habían sido un soberano error: la herida, en carne viva, se había reblandecido y la media – acartonada por la mezcla de agua, sudor y tierra – le lijaba la piel. *¡¡Quién le había dicho que lo mejor eran esas medias de fútbol!!*.

Se recagó en el día que decidió ser “bicho verde”. En los patachos seguro que estaban durmiendo la siesta en los sollados, mecidos por las aguas del Paraná... y a la sombra.

Caminaban en silencio, agotados, soportando el FAL que ahora pesaba cincuenta kilos y escuchando – además de las chicharras – el intermitente sonido que escupía la radio del “Fesa”. Cada tanto se dejaba escuchar algún mensaje del Comando Operativo de la Policía de Hudson:

“Gordo, metele, que....rrrr....rrrr..dos de hambre,...shshsh..no te ol...désas..rrr...uatro procione de fainá”.

Corrían tiempos difíciles. Tiempos recios. Había que estar alertas. El enemigo podía estar emboscado en cualquier parte. Incluso, dentro de una fugazzeta rellena.

Y, para colmo, los jodidos mosquitos... ¡¡Y en los patachos deberían estar jugando al truco tirados en las cuchetas!!!. Qué lo parió.

Los tres pelotones estaban a cargo del Jefe de Sección de Tiradores, el **Ruso Searlier**, que marchaba al frente. Con **Mosa**, que en ese ejercicio era el Jefe de Grupo "ALFA" (originalidad made in ARA), se mantenían permanentemente comunicados: primero, y como manda el Reglamento, por medio de una infinidad de rocambolescas señales. Agotadas las señas *en clave* pasaban al "lenguaje verbal": ventajas de marchar a menos de diez metros de distancia.

A esa altura ninguno de ellos recordaba "la Misión", ni los objetivos, ni las consignas. Después de marchar sin parar desde las 6 de la mañana, "tomar posición" 1.882 veces, haber alcanzado la desembocadura del Canal en el Río de La Plata ("*A las mil, Seor Teniente*") para volver a remontar el Canal "*procurando avistar al enemigo*", habían recibido la orden de emprender el regreso al vivac. Allá los esperaba un reparador rancho y – si el **Teniente Mengano** no disponía lo contrario – un descanso de 45 felices minutos. Por la tarde, los aguardaba el ejercicio de tiro con la MAG que tanto les gustaba.

Ya nadie daba órdenes ni mandaba tomar posición. Caminaban como autómatas reservando las últimas fuerzas. Todos querían llegar lo antes posible y se limitaban a andar acompasados de los ruidos guturales que brotaban de sus estómagos vacíos.

Ya ni patos, ni gallinas, ni nada.

Llegaron a un recodo del Canal. **Epina** comentó que, según el mapa, ahí había que desviarse a campo través. **Mosa** empezó entonces a gesticular como un epiléptico a los tres Jefes de Sección. Estos, cuando captaron las señales (y vieron a **Fatusso**, **Pedrito Joshé** y **Juan Balas** tirarse al suelo y mandar las mochilas al carajo), ordenaron de forma inmediata "**Alto**" y, sin dilación, "**Descanso a discreción**".

La orden no se hizo esperar. La tropa se zambulló de cabeza en el primer espacio libre de cardos que encontraron. Se quitaron los cascos, las mochilas, las botas, las medias, los arneses y todo el peso posible hasta el límite del parte de castigo.

Un avión de la Fuerza Aeronaval N° 3 sobrevoló sus cabezas por cuarta vez en el día. Antes lo habían visto sobre el Río de La Plata en dirección SE. **Luiz** le apuntó con su FAL y simuló dispararle. Inmediatamente **Yambías** le criticó el ángulo del antebrazo en relación al plexo, al mentón y al pie de apoyo. Comenzó la discusión. Rutina.

Con los pies destruidos, se sentó sobre un montículo de tierra, apoyando el fusil en su hombro izquierdo y empezó a sobarse los talones. La herida sangraba. Se quitó el pañuelo del cuello – casi seco - y se limpió la frente. **Alex Siam**, de 3º, aún conservaba algo de agua en su caramañola. Le pidió que mojara “*sólo un poco*” su pañuelo; luego se limpió la herida. A su lado, al pie del montículo, descansaban **Searlier** y la Mona **Giacometti**, Jefe de su Pelotón.

“Neiso, dejate de joder, vamos directo a Pereyra”, oyó protestar a la Mona.

Al dúo se sumó **Alfacur** que mascullaba algo indescifrable entre dientes: se lo veía agotado por la caminata, la sed y la paliza de esa mañana. El jugaba en desventaja: llevaba más peso que los otros.

El frescor del pañuelo le produjo una agradable sensación de alivio. Miró el avión alejarse, cerró los ojos y se dejó llevar. Voló (siempre le había gustado volar) a los sembradíos de Villa Ocampo, a las risas de sus primas, las Osorio, a los asados de su viejo. Flotó pensando en los besos que el próximo fin de semana Laura, su última conquista platense, le daría en la Fiesta del Jockey.... Suspiró con los ojos cerrados y se pasó una vez más la mano por el pelo.

Un ruido ensordecedor lo trajo de golpe a la realidad. La luz lo encegueció. En décimas fue asociando lo que veía y comprendiendo la que se le venía encima. **Searlier** saltaba enloquecido, tapándose la oreja derecha y gritando como un poseído. Su FAL – que antes tenía apoyado en su hombro - estaba tirado a los pies del Jefe de Sección. (Y ese no era el lugar apropiado que un Infante de Marina debía dar a “su novia”).

“¡¡¡Usted es un idiota, un tarado!!!... ¡Estoy sordo!!! ¡¡¡Usted es un sorete!!!”, blasfemaba **Searlier**.

“¡¡¡Me dejó sordo, no oigo nada... yo lo mato, imbécil, pedazo de sorete!!!”, continuaba amenazando – colérico - el rubio Jefe de Sección.

El Pelotón, los tres pelotones, la Sección y, por fin, todo el Grupo se arremolinaron alrededor. Los cadetes – cuando iban entendiendo lo ocurrido – empezaban a murmurar y a reprimir la risa. Los más osados se daban vuelta y lanzaban la carcajada procurando no ser vistos.

“¡¡Yo lo mató, pedazo de tarado!!!, seguía gritando Searlier.

“¡¡¡No oigo nada, me quedé sordo por su culpa, idiota!!!”. ¿No sabe que tiene que cuidar el FAL? ¿No se da cuenta que si no fueran de fogueo, me mata, retonto?.

¡¡¡Usted es un reverendo sorete, ¿me entendió?. ¡¡¡Un sorete!!!

Venga conmigo... ¡¡Carrera Marrr!!!!.

.....

Llegó al vivac destruido, dolorido, agotado, humillado. Ya no sentía cansancio, ni sed, ni hambre; ni siquiera el lacerante dolor en el pie. Los últimos ocho kilómetros los había hecho saltando, haciendo flexiones de brazos, de piernas, paso vivo, pinchándose con ortigas, arrastrándose por el barro y la bosta de vaca, corriendo alrededor del Jefe de Sección con el FAL en alto, metiéndose en charcas infestas, tropezándose, lastimándose..

Todo eso realmente le importó poco. Tampoco le importó quedarse castigado “sin rancho”. Le ardía la sangre, le explotaban las sienes y el pecho por los golpes recibidos en su orgullo.

Durante casi dos horas había sido humillado delante de sus compañeros y los cadetes de tercero.

Durante dos horas le habían hecho sentir el último **sorete** del Mundo. “*Usted es un so-re-te*”, retumbaba el eco dentro de su cabeza.

Llegó arrastrando los pies a las letrinas abiertas del **CIFIM** y se quitó la camiseta verde empapada y mugrienta. Se paró frente a la pileta, abrió la canilla y metió la cabeza bajo el chorro helado. Estuvo así, ahogando el odio bajo el agua, durante más de cinco minutos, procurando enfriar su malherido orgullo. Permaneció con los ojos cerrados, mientras los rescoldos de rabia se iban apagando y eran arrastrados hacia el sumidero.

La mano de **G** sobre el hombro lo devolvió a la realidad.

Se incorporó con los ojos inyectados y humedecidos.

“Estoy bien...”, dijo, “...pero me las va a pagar... Ese reverendo sorete me las va a pagar”.

.....

Corría el día martes **16 de Agosto de 1977**. Ese día, un avión “Electra” de la Fuerza Aeronaval Nº 3 realizó cuatro vuelos entre Aeroparque y Punta Indio. Ese día, en **Graceland**, las drogas causaban un ataque al corazón a **Elvis Presley**.

(Continuará...)

Dr. G.